

## X

## DE RE TAURINA

Á D. MARIANO DE CAVIA.

Mi admirado colega y estimado amigo: Para obsequiar á vuestra merced, á quien debo muchas muestras de afecto, tráigole de Andalucía—de *Serba*, como suelen llamar á Sevilla los toreros de allende—un regalo de ningún peso y de ningún costo, pero que vuesa merced y su camarada *Sobaquillo*, mirando á mi buena voluntad, tendrán, sin duda, por muy estimable presente; tráigole... una curiosa noticia, en Madrid de nadie conocida hasta ahora: la de haberse compuesto, á cuatro pasos de la Giralda, en primorosos hexámetros latinos... Mas no lo diga yo tan de golpe, y dure un ratillo el saborear de este gusto, como pieza de confitura barata en mano de muchacho goso que sabe entretener su deseo.

No acertaré á decir por qué; pero es la verdad que siempre me olieron á donaire y humor hispalense los casos en que algún bromista empleó el noble idioma latino en usos que no soñara el mismo diablo. Así, á cosa de Sevilla me huele y

me sabe, aunque la tropecé en manuscrito madrileño, aquella *seguidilla latina*, obra de algún estudiantón de fines del siglo XVI, más amigo de la risueña Venus que de la grave Minerva:

*"Vita vita mee,  
Cor alterius,  
Memento osculorum  
Noctis illius."*

Y esto, sin contar con las muestras probadamente sevillanas que conozco, entre las cuales merece señalada mención una versión latina de aquellas famosas *seguidillas de Reverte* que tan en boga estuvieron años atrás. Vuesa merced recordará, sin duda, la letra de aquellas coplas que dieron la vuelta á toda España, encareciendo el arrojo del renombrado diestro. Eran éstas, entre otras:

*"La novia de Reverte  
Tiene un pañuelo  
Con cuatro picadores  
¡Olé!  
Y un toro en medio..."*

*"Me gusta á mí Reverte  
Por lo torero;  
Porque tiene matando  
¡Olé!  
Mucho salero,  
Y yo le digo:  
"No te tires, Reverte;  
¡Olé!  
"Vente conmigo."*

Pues vea vuesa merced ahora cuán gallardamente vertieron al latín estas seguidillas unos anónimos

colaboradores de *Sevilla en broma* (22 de Julio de 1893), dejando para el propio Reverte el medir *por pies*, y entrecogiendo una interjección latina, á fin de que no se escapara sin traducir el obligado inciso y archiandaluz ¡olé! de las coplas:

"Sponsa Reverteris  
Linteum habet  
Cum quatuor piccatoribus  
Eheu!  
Taurum in medio..."

"Placet mihi Reverte  
Quia est tauromachus,  
Et quia occidit tauros  
Eheu!  
Multo salino.  
Et ego ei dico:  
"Ne projicias te, Reverte,  
Eheu!  
"Sed veni mecum."

¡Por algo y para algo fué Sevilla la tierra en que se fundó la memorable Escuela de Tauro-  
maquia en las felices décadas de Fernando VII,  
al par que se cerraban algunas universidades, y  
por algo la gran lápida con inscripción latina que  
memoraba aquella fundación gloriosa tuvo el raro  
privilegio de contener en una palabra, en una  
sola de sus palabras, tres menciones corníferas:  
"...Ferdinando VII..., pio, felici, RES-TAVRA-  
TORI...!"

Pero ya es más que justo tratar de los versos  
latinos de que traigo á vuesa merced, fresca y  
vivita, la noticia que apenas comencé á darle al

principio de esta carta. Sepa vuesa merced que en doscientos y tantos hexámetros pulidos y sonoros, que, por su gentileza y su vigor, y aun por tal cual reminiscencia y tal cual giro, hacen recordar hermosos pasajes virgilianos, especialmente de la *Encida*, el padre Jerónimo Córdoba, profesor escolapio del Colegio de Sevilla, ha compuesto un lindísimo *Carmen* intitulado *Cursus taurorum*, en el cual no se sabe qué admirar más: si la rara soltura y singular maestría con que maneja, como idioma suyo habitual, el de los clásicos de la antigua Roma, ó la viveza y admirable colorido de las descripciones, ó la fina sal irónica, netamente andaluza, con que está sazonado, desde el primero hasta el último de sus versos, todo el deleitable poemita.

Es claro, dilectísimo Cavia, que yo, quier salga, quier no salga á luz, de molde, la obra, he de recabar para vuesa merced una copia, ó perderé el seudónimo que tengo y andaré desbachillerado por el mundo todo el resto de mis días; pero entre tanto, ¿cómo renuncio á transcribir, por vía de anticipo, alguna docenilla de versos? Pase, con tal que no excedan mucho de la docena,

"Pues el griego y latín no los entiende  
Ningún mortal en esta edad mezquina",

como decía cierto poemilla *ad usum studiosæ juventutis* y de cuyo título no quiero acordarme.

Describe el padre Córdoba el animado aspecto de la plaza momentos antes de empezar la corrida:

"Huc juvenes, illuc longævi hilaresque puella  
Gaudentes animis fundunt è guttore cantus,  
Millia vivat..! io..! cum voce triumphe..! canentum.  
Aethera pulsantur tanto discrimine vocum,  
Insequitur sonitus plebis clangorque rotarum,  
Voci lasciva miscentur verba triumphi:  
Dum acribus implet equus magnas hinnitibus auras."

Corrido el primer toro, *Generoso (Benefactor)*,  
sale el segundo, *Alegre (Latus)*, con vistas al  
hule, porque

"Hujus erat facies parvo discrimine tauri  
Qui pugilis TATI olim crus contrivit inique...  
Consimilis tauro qui FABRILO ire sub umbras  
Fecit et incidit sub acerbo vulnere vitam...  
PERDIGONI aequalis qui olim perdidit Arti  
ESPARTERUM, cujus fama ad sidera crevit..."

Con el tercer toro, *Borreguito (Agniculus)*, luce  
sus más que hombrunas habilidades doña Tan-  
creda:

"Donna en TANCREDA illibata et virgo pudica  
In medium amphiteatri sese lata ferebat..."

y cuando termina el "espectáculo nacional",

"El público, divertido,  
Se va por donde ha venido."

La lectura de estos versos á lo Virgilio, insigne  
colega Cavia, me deja en el paladar del entendi-  
miento un saborcillo muy raro, que más fácilmente  
se percibe que se explica. Hallo en lo anacrónico  
un como candor infantil, que por ingenuo me  
deleita. Es cosa parecida á lo que me sucede en  
la catedral hispalense, cuando contemplo aquel  
hermoso cuadro del Crucificado, á cuyo pie unos

soldados hercúleos, vestidos á la flamenca, juegan  
las sacras vestiduras con naipes franceses.

En fin, poseerá vuesa merced el poemita y lo  
juzgará por sí, como lo ha juzgado días atrás el  
maestro Menéndez y Pelayo, en estas laudatorias  
frases de una de las cartas con que suele distin-  
guirme y favorecerme: "He leído con delectación  
—dice—el poemita latino *Cursus taurorum*, con  
cuya dedicatoria me ha honrado su amigo de  
usted el padre Jerónimo Córdoba, de las Escuelas  
Pías. No sólo es un excelente trozo de versifica-  
ción latina, de los que ya apenas se hacen en  
España, sino también una sátira enérgica, y, so-  
bre todo, una bella muestra de poesía descriptiva,  
en que el autor vence extraordinarias dificulta-  
des para expresar con pura dicción latina y ele-  
gante estilo todos los pormenores de nuestra  
*fiesta nacional*, que tanto parece que se rebelan  
á entrar en este molde. Conocía de otros tiempos  
la *Taurimachia Matritensis*, de don Juan de Iriar-  
te, y la *Hispalensis*, de un anónimo; pero no creo  
que esta nueva les vaya en zaga, sino todo lo  
contrario. Mi enhorabuena al autor..."

Y yo á vuesa merced mil gracias adelantadas  
por la bondad con que supongo ha de perdonarme  
el haberle distraído de más graves tareas, y con  
las gracias, la cordial expresión de la seguridad de  
mi afecto, como su buen amigo y devoto admirador

q. l. b. l. m.,

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA.

(A B C, 18 de Julio de 1907.)

## XI

## EL BANDOLERISMO EN ANDALUCÍA

Á no estarlo viendo, no lo creyera. Para hallar disculpa á la larga impunidad en que vive *Pernales* merodeando á sus anchas por los campos, y aun por los pueblos, de Andalucía, dícese, más ó menos veladamente, que le protegen y ocultan los propietarios de aquellas comarcas; y esta especie, filtrada día por día, ya en la frasecita parlamentaria, ya en el suelto oficioso, y tal cual vez en el telegrama alusivo á la infructuosa persecución, va ganando las fáciles crederas de las gentes perezosas que gustan de tomar para su uso los pensamientos hechos, y tira á constituir un estado de falsa opinión, según el cual los labradores andaluces se encuentran tan contentos con su *Pernales*, que le prohijan contra viento y marea, y ni á tres tirones quieren dejárselo arrebatar. Y como aquel vulgarísimo bandolero, que debe toda su fama á la desdichada fortuna con que se le persigue, tiene de hecho por suyas las

provincias de Sevilla, Cádiz, Málaga y Córdoba, pues se anda de unas en otras, risueño y tranquilo, como niño que juega á pedir candela, viene á resultar, según la falsa y torpe creencia antedicha, que en aquella región no hay sino bandolerismo *neto y perfeto*; que todos vienen á ser unos, bandoleros y propietarios, y que si tan bien se entienden los ladrones y los robados, no se haría cosa más acertada que alzar de obra y dar de mano en la inútil tarea de perseguir á los unos y defender á los otros.

Esta absurda explicación, este vano achaque, este ridículo expediente á que lo mismo se acude ahora que se acudía durante el mando de los gobiernos anteriores (pues ya hay buen rato que *Pernales* campa por su respeto, burlando de todo y de todos), merece y necesita la más enérgica repulsa; y yo, que de Andalucía llego, que tengo mis escasos bienes en uno de sus distritos rurales, y que—perdonadme por la jactancia—conozco aquello como pocos, ó, á lo menos, mejor que muchos—de lo cual podrían dar fe y razón los señores Buylla y Palacios, que por allá anduvieron investigando acerca de los problemas sociales—, yo, digo, debo y quiero asentar, en honra y defensa de la verdad y de mis paisanos, esta protesta y esta repulsa.

Porque todo el fundamento de la inculpación ajena que para disculpas propias se fragua está en decir: "Quien da de comer ó entrega dinero á un bandido, le auxilia y le protege; es así que

en los cortijos y caseríos andaluces dan de comer á *Pernales* cuando llega y lo pide, y que los propietarios suelen atender, si bien regateando, sus demandas de dinero, y aun rescatar á metálico los semovientes que les hurtan, luego... todos son unos." Poco seso tendrá, sin duda alguna, quien por razonamiento tal como éste se deje convencer. Lo claro, lo indudable es que quien da pesetas ó artículos de consumo á un bandolero, por miedo y no por simpatía lo hace; y el que rescata sus caballerías sólo denota que tiene más confianza en el milagro que le haga su dinero que no en la protección, casi siempre baldía é ilusoria, del Estado. Con lo uno y con lo otro, el propietario, que es muy digno de lástima, aunque, por las muestras, esté pareciendo hasta indigno de protección, no tira jamás á favorecer á los malhechores, sino á evitar los perjuicios con que éstos le amenazan, y á redimir, á su costa propia, las vejaciones que le han causado. Y ¿cómo no tener ese miedo, cuando la ineficacia, para todos harto patente, de la persecución, va haciendo perder á los propietarios toda la confianza que le merecían sus defensores? ¿Qué es lo que se pretende del labrador andaluz? ¿Que se niegue á toda exigencia con que se le impongan los forajidos que están merodeando á mansalva un mes y otro mes, un año tras otro, ubicuos, impunes y triunfantes? Ó, por ventura, ¿se querría exigir á los propietarios mismos, con sus ganados y sus mieses y sus árboles á merced de todo el

mundo, que se subroguen en el lugar de un instituto armado, fuerte, valeroso, lleno de preeminencias y de fuero, y que emprendan y efectúen por sí propios lo que hasta ahora, á pesar de su inmejorable anhelo, no han logrado efectuar los especialmente llamados á dar cima á tan grave empresa?

Todo eso puede soñarse; pero no puede exigirse. Así, en vez de lo que injustamente se dice contra los propietarios de Andalucía, quienes, siendo robados, mal pueden ver con buenos ojos á los ladrones, conviene asentar estas verdades, que, ciertamente, no tienen vuelta de hoja:

1.<sup>a</sup> El mal pudo y debió cortarse á sus comienzos: cuando mandaban los que ahora, fingiéndose escandalizados, interpelan é inculpan al gobierno actual. Es más fácil y menos molesto dar voces en la oposición que procurar y conseguir en el poder que se limpie de ladrones un pedazo de España. ¿Qué tiene que objetar á esto el diputado señor Rosales, tan callado ocho meses ha y tan locuaz ahora?

2.<sup>a</sup> Á lo infructuoso de la persecución debe el bandolerismo casi toda su triste fama: *su fama infame*, que diría un poeta de antaño. Capturados ó destruídos los malhechores á las dos semanas de empezar sus correrías, la renovación de la negra, que no áurea, leyenda se habría ahogado al nacer. Porque nuestras omisiones agrandan las acciones de nuestros enemigos, y nuestros yerros son cabalmente sus aciertos.

3.º Los propietarios andaluces, los calumniados terratenientes de allá, están pagando la contribución dos veces: una, á la usanza de aquende, y otra, á la de allende el Estrecho. Por equidad siquiera, convendría libertarnos de uno de esos tributos. Si ha de seguir cobrando *Pernales*, nuestro Raisuli, deje de cobrar la Arrendataria. No es pedir gollerías.

¿Medios para poner término pronta y radicalmente á este daño perdurable, á esta rancia afrenta nacional...? Bien pueden ocurrirse, bien se ocurrirán, sin duda, á un gobierno que preside el señor Maura, de talento admirable y cultivadísimo, y de cuya cartera de Gobernación está hecho cargo ministro de tan sólidos merecimientos como el señor La Cierva. ¡Á ello, pues, y no se quede *in actu* y como en estado latente esa envidiable idoneidad, de la cual tanto puede esperarse! Con un buen esfuerzo ha de bastar. Milagros hicieron en lo antiguo aquellas partidas rurales que crearon los concejos andaluces para dar al través con los bandoleros. Moriones, el bravísimo é inolvidable Moriones, templó el buen acero de sus bríos juveniles persiguiendo, *arañando las espaldas*, más de una vez, en las cercanías de Estepa al famoso Juan Caballero, á quien puso en camino de mejorar de vida. Á lo menos, ¡bien que se encomendaba á la Virgen de los Remedios cuando Moriones estaba á punto de atraparle! Nada puede envidiar á unos ni á otros el benemérito cuerpo de la Guardia Civil, ni en

celo, ni en valor, ni en pericia, tan bizarramente acreditados siempre. ¿Qué falta entonces? ¿Qué viene faltando desde que retoñó últimamente en Andalucía la tan dañosa planta del bandolerismo? ¿Acumular allí más fuerzas de aquel instituto? Acumúlense, sin dejarlo para mañana. ¡Por vida de los vinos y de los azúcares, que no dejan atención ni lugar para otras cosas...! ¡Por vida del medio garbancito de cada hormiguita, de cada fabricante y de cada cuco, y cómo impide hacer lo principal! Más que todo eso urge acabar con este baldón del bandolerismo; con esta sangrienta burla con que cuatro desalmados nos están empobreciendo dentro de casa y nos están deshonrando fuera de ella.

(A B C, 22 de Julio de 1907.)

XII

EL FUNDADOR DE *THE HISPANIC  
SOCIETY OF AMERICA*

Al mediar el invierno de 1898, sonóse en Sevilla que un opulento arqueólogo norteamericano dirigía unas excavaciones en Santiponce, muy cerca del famoso anfiteatro de Itálica, y que, sobre haber dado por el permiso para hacerlas tanto como podían valer en venta los terrenos, ocupaba á cuatro ó cinco veintenas de hombres, pagándoles de jornal más del doble de lo que en el país es costumbre pasado el tiempo de la sementera. Tratando de las curiosidades con que allí tropezaban á cada momento, mentábase á más y mejor: gigantescas estatuas de plata, idolillos de oro macizo, ánforas atestadas de áureas monedas...: ¡los portentos de *Las mil y una noches* soterrados, y entonces descubiertos, en la tierra dichosa en donde

"...de Elio Adriano,  
De Teodosio divino,

De Silio peregrino  
Rodaron de marfil y oro las cunas!"

Pensando estábamos algunos amigos en ir cualquier día á Santiponce, por curiosear, cuando una expresa invitación abrió de par en par las puertas á nuestro deseo. Mr. Archer Milton Huntington, que así se llamaba el pródigo yanqui, había rogado á un su compañero de hotel, á M. Arthur Engel, insigne arqueólogo francés (autor de una excelente obra de Numismática, y años después, con el laboriosísimo Pierre Paris, del admirable estudio intitulado *Une forteresse ibérique à Osuna*), que invitase á algunos de sus amigos para visitar las excavaciones. Yo fuí de la partida, y ésta se efectuó el día 13 de Febrero de 1898.

Acompañados del señor Engel, recorrimos los lugares en donde se habían descubierto interesantes restos de edificaciones romanas; examinamos un gran trozo de la gruesa muralla de la ciudad, en pie, pero muy hundido por un extremo, trastorno indicador de que Itálica fué destruída probablemente por un terremoto, y después, cuando aún molestaba algo el picante solecillo de Febrero, nuestro amable guía nos condujo á la casita de Santiponce en que el señor Huntington nos esperaba trabajando.

Ocupábase en unir y pegar con yeso los trozos de un lindo mosaico desenterrado la tarde anterior. La salita en que trabajaba era un improvisado museo: esbeltas ánforas, graciosas lamparillas de barro, lacrimatorios de vidrio, tégulas,

trozos epigráficos, torsos, brazos y cabezas de mármóreas estatuas... Mr. Huntington, en mangas de camisa, pintadas del yeso las amplias manos, incorporóse al llegar nosotros, y después de las rituales presentaciones, salió para volver muy pronto *algo limpiamente*, como él decía. Archialto de estatura (un metro y noventa y nueve centímetros), acompañado de carnes, de rostro expresivo y muy de su raza, corto el pelo y recortado el bigote á la usanza de allá, y vivos y chispeantes los ojos detrás de los grandes cristales de sus gafas, el hoy fundador de *The Hispanic Society of America* podría tener entonces hasta treinta y cinco años. Érale familiar nuestro idioma y lo hablaba seguida y correctamente, aunque no sin acento ó dejillo extranjero. Respondiendo á nuestras preguntas y mostrándonos los objetos hallados en las excavaciones, bien nos dejó entrever, con llaneza y sin proponérsele, su vasta cultura arqueológica y su profundo conocimiento de nuestra antigua historia peninsular.

Con todo eso, mientras nos obsequiaba después con pastas, vinos y cigarros, díjonos que no era su fuerte la Arqueología, sino una de sus aficiones de adolescente, y que su pasión, su amor grande eran los libros españoles; unos diez y ocho mil tenía en Nueva York, del mejor tiempo los más: de los siglos xv y xvi. Amén de esto, él era antiguo huésped de España, aunque hasta entonces no había visitado á Andalucía, ocupado

como estaba en preparar una edición, muy trabajada, del *Poema del Cid*, en tres volúmenes: el primero, impreso en 1897, que contenía el *Poema*, fijada su lección en presencia de diversos códices y estudios; el segundo, que había de contener la traducción inglesa, y el tercero, de variantes y notas. Y, en efecto, han salido á luz estos dos volúmenes, tan ricamente ilustrados como el primero, en 1901 y 1903, respectivamente.

Con tales noticias subieron de punto nuestra admiración y la simpatía con que mirábamos á aquel extranjero meritísimo. Y cuenta que ya por aquellos días lo yanqui, con harto motivo, nos estaba desplaciendo muy mucho. Preguntéle si conocía la biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros; díjome que no, y que lo deseaba con vehemencia; entonces yo me ofrecí á presentarle á mi amigo y á enseñarle con él aquel inapreciable tesoro bibliográfico. Véase por dónde yo, el amor más apasionado de aquella biblioteca, y acaso, y sin acaso, el que, exceptuando al dueño, más á su sabor la disfrutaba, di inocentemente el primer paso para la enajenación que había de apartarme de ella por siempre jamás.

Cumplí mi ofrecimiento á los pocos días, y tanto el Marqués, peritísimo en materia de libros españoles, como yo, mero aficionado á ellos, por ser inexcusables instrumentos de mi trabajo, nos admiramos de lo mucho que sabía y conocía de nuestras letras Mr. Huntington. Enumeraba ediciones rarísimas con entera precisión y gentil fa-



miliaridad; ya notaba las leves diferencias que existen entre tal y tal otra; ya recordaba en qué apartada biblioteca había visto ejemplar de éste ó estotro libro; ahora advertía de golpe ser hecha tal portada ó tal hoja del fin; entrábase luego como por casa propia por los impresos más raros, para hacer ver tal ó cual particularidad curiosa de su estampa ó de su texto...; y yo, viendo tan especial noticia y tan notable habilidad en lo tocante á libros puramente españoles, hacíame cruces de asombrado, y, reparando *velis nolis* en la nacionalidad de nuestro colega, se me venía á las mientes aquel aparte del escudero Nuño en el drama intitulado *Guzmán el Bueno*:

“¡Lástima que este moro no se salve!”

Larga fué la visita. Ya entrambos en la calle, Huntington, á quien habían enamorado sobremanera los libros del Marqués, pues entre ellos había columbrado centenares de *números* de rareza desesperante, me dijo:

—De buena gana compraría esta biblioteca.

Y yo, sandio, le respondí incontinenti, como si fuese mío todo aquel tesoro bibliográfico:

—¡Vano deseo! ¡No se vende!

.....  
¡Pues vendióse! ¡Vendióse en Enero de 1902! Cuatro años de tenaces y reservadas gestiones, del señor Huntington por una parte, y por otra, de persona muy allegada al dueño de tal tesoro, resolviéronle, al cabo, á enajenar la sin par biblio-

teca, *dimidium animæ suæ*. Días de consternación fueron aquéllos para los pocos que verdaderamente amamos las reliquias de nuestro pasado gloriosísimo. ¿En dónde ver ya aquellas peregrinas joyas, aquellas inverosímiles alhajas, que nadie sino el Marqués poseía? “Lo que más lamento—escribíame inconsolable el mayor sabio de España—es que salgan de aquí algunos ejemplares únicos y los interesantes manuscritos de poesías varias que fueron de Sancho Rayón y que, á juzgar por lo poco que de ellos pude examinar, deben de contener preciosidades.” Yo, como quien acude tarde á salvar algo siquiera de la voracidad de un incendio repentino é insofocable, dejé á un lado mis tareas y, mientras que á toda prisa iba pasando á las cajas, revestidas de cinc, como las de los muertos, el contenido de la estantería, apliquéme seis, ocho y más horas diarias, por espacio de medio mes, á copiar y á extractar, no, ciertamente, lo mejor y lo más curioso, sino lo que había de servirme para algunas obras de mi humilde pluma, unas ya entonces en telar y otras todavía en la urdidera.

Justo es, empero, reconocer que aquella famosa librería, tal, que no se volverá á ver en España otra como ella, fué á parar á muy buenas manos. Porque Mr. Huntington, por fortuna, lejos de ser uno de esos opulentos engreídos y de minerva escasa que sólo por necia presunción de eunucos millonarios allegan y acaparan obras de arte para darse el abominable gusto de hurtarlas

á la admiración y al disfrute de los entendidos, goza con comunicar á sus amigos sus mejores y más peregrinas piezas bibliográficas, haciéndolas reproducir en facsímile, á mucho costo, en ediciones de perfección insuperable. Rarísimas obras del Marqués de Jerez que no creí volver á ver en mi vida son hoy honra y gala de mi humilde librería de trabajo, como ejemplares de esas famosas ediciones del señor Huntington, á quien, entre otras amistosas finezas—muy cordialmente agradecidas—debo la dedicatoria de la hermosa edición en que reprodujo la príncipe, ultrarrarísima, de la primera parte de *La Araucana* (Madrid, Pierres Cossin, 1569).

Pero el generoso hispanista norteamericano ha hecho más, mucho más que juntar cincuenta ó sesenta mil libros españoles y que reproducir regiamente algunas docenas de los más raros y solicitados por los curiosos. Compró amplio solar en uno de los mejores sitios de Nueva York, en Audubon Park, y ha edificado á su costa un palacio magnífico para instalar su biblioteca y su abundante museo de preciosidades históricas y artísticas españolas, poniendo toda esta riqueza, en que alienta, viva y admirable, el alma de nuestra raza, á disposición de los estudiosos de allende el gran mar, y bajo la dirección de *The Hispanic Society of America*, que él ha fundado y dotado, y en la cual tiene el cargo de presidente.

Tampoco será perezosa ni inactiva esta Sociedad, y mucho empieza á deberle el buen nombre

de España: creada en 1904, ya al siguiente año, para celebrar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, acordó reproducir en facsímile, por medio de magníficas ediciones, las principales de todas las obras de Cervantes, y hasta ahora lleva reproducidas maravillosamente—y no hay pizca de andaluzada en el adverbio—las dos ediciones que de la primera parte de aquel libro inmortal hizo en 1605 Juan de la Cuesta, y la edición príncipe de la segunda parte, sacada á luz, como es sabido, en 1615.

Enviados hay más de un año sus títulos á los contados españoles que por afectuosa deferencia del señor Huntington pertenecemos á la sociedad por él fundada, meses después recibimos las hermosas medallas de plata que nos acreditan asimismo como tales socios. Y á fe que son muy significativos sus relieves; porque quienes representan á España mostrando amorosamente á la joven América la historia del mundo, amigos son nuestros, hablen el idioma que hablen. Así, Mr. Archer Milton Huntington, él solo, ha hecho y hace en honra de nuestra nación más que innumerables españoles ocupados de por vida en la negra y traidora tarea de renegar de todo lo de casa. Por tan especiales merecimientos debe España á este hispanista insigne y generoso, tan amigo de nuestras pasadas glorias y tan entusiasta amator de nuestra antigua cultura, que fué señora del mundo, agradecimiento cordialísimo, que ya le manifestaron las Academias Española y de la Historia,

y antes que éstas, la Sevillana de Buenas Letras —con frecuencia favorecidas por sus muy estimables donativos bibliográficos—, inscribiendo afectuosamente su nombre entre los de sus correspondientes extranjeros.

(A B C, 8 de Agosto de 1907.)

## XIII

## MINUCIAS LEXICOLÓGICAS

Por el correo interior  
Un anónimo escritor  
Hame escrito.  
Bondadoso me reprende  
Y amonesta, porque entiendo  
Que he cometido un delito...

Pero ¡alto, señor juez! Un delito contra la propiedad... de dicción, no protegida por otro código que el del buen gusto. Si mi embozado comunicante no dijese qué delito era el mío, diérame yo desde luego por culpable, é incontinenti pediría perdón, porque en esto del hablar y del escribir, como en lo demás, el bueno peca siete veces al día, y setenta veces siete el malo y farfullero, y yo, bien á mi pesar, de estos malos soy. Pero es el caso que específica y señaladamente me delata á mí mismo... por una buena expresión. Así, el malo es mi fiscal; que, pues disputa por malo lo bueno, el mal practicará, sin duda, aunque temiéndolo por digno de alabanza.